

VALLE-INCLÁN, RAMÓN MARÍA DEL (1869 – 1936)

VOCES DE GESTA

(Tragedia pastoril)

PERSONAJES:

EL REY CARLINO
GINEBRA, PASTORA DE MONTE ARAAL
EL ABUELO TIBALDO
GARIN, ZAGAL
OLIVEROS
HUNDÍAN
OTROS PASTORES DE LA SERRANIA
UN CAPITAN
UNA LANZA LUNADA
UNA BISARNIA
UNA PICA
UNA VIEJA DE UN CASAL DEL MONTE
UN VIEJO DE OTRO CASAL
ALADINA, PASTORA
UN PASTOR VERSOLARI
UN VIEJO CAVADOR
CORO DE MUJERES PLAÑIDERAS
EN TIERRAS DE CASTILLA

HACE MUCHOS AÑOS
Tierras de Castilla

LA OFRENDA

¡Bajo el roble foral, a vosotros mi canto consagro,
corazones florecidos como las rosas de un milagro!...
¡A los pastores que escuchan, temblando, las gestas de sus versolaris!
¡A las dulces abuelas de manos ungidadas y arrugadas
que hilan al sol en el campo de los pelotaris!
¡A los patriarcas que acuerdan las guerras pasadas
y en lengua materna aún evocan la gloria de añejas jornadas,
mirando a los nietos tejer el espatadanzaris
con antigua y mohosas espadas!

¡Y a vosotras doncellas que espadáis el lino!
¡Y a vosotros augustos sembradores del agro
que aun rasgáis la tierra empuñando el arado latino!
¡Y a vosotros que en rojos lagares estrujáis el vino!
¡A todos mi canto consagro!

JORNADA PRIMERA

Un gran hayedo centenario
en una quebrada del Monte Araal,
cimero y roquero un Santuario
y un sendero por entre breñal.

Bajo el gran hayedo sombrío
una pastora con dengue de grana
en una gracia de rocío
está hilando su copo de lana.

El sol como un viejo tesoro
enciende el vellón de las ovejas,
y un abuelo de blancas guedejas
labra el cuerno sonoro de un toro.

El pecho y los hombros abarca
al abuelo la barba de armiño,
y parece un pastor patriarca
que en Belén hubiera adorado al Niño.

Como denota flor de piedra
sobre el alba dorada del día,
surge en la clara lejanía
aquel Santuario vestido de yedra.

GINEBRA.

¡Siempre a mirar y a querer cegar
en aquel sol de los días distantes!
Abuelo Tibaldo antes y con antes
no se hiló la lana sin la cardar,
ni se cogía trigo sin lo sembrar
ni nunca hubo pan sin moler la harina,
ni tasajo magro sin ahumar cerina;
y como hogaño, bien que mal,
la res al nacer era lechal,
y cordera al año,

y cuando era oveja
ya iba para vieja.

TIBALDO.

¡Trabajos pasados
son hijos criados,
y contento recordado!
Si vuelves los ojos a tu alrededor
hallarás que todo lo formó el Señor
en un día lejano. Sin luenga memoria
no hay reino, ni Historia,
ni claro linaje.
A mi parescer,
sólo a la mujer
el tiempo hace ultraje.

GINEBRA.

Abuelo Tibaldo, para dar consejo
mejor que home mozo quisiera home viejo;
mas para marido,
mejor que home viejo, un mozo garrido.

TIBALDO.

El más acabado, igual que el más fuerte,
están a un paso de la muerte.
A un ermitaño de esta soledad
oíle decir una vez
que no es la vejez ni la mocedad
quien nos abre la eternidad
sino el Supremo Juez.

GINEBRA.

Abuelo Tibaldo, ¿sabe qué le digo?
¡El sol que se pone no madura el trigo!...
¡Cierto que soy moza, mas en el enero
no rompí zapatos del trillo al granero!
¡Ni en campo de rico segaron mis manos,
ni hicieron vendimia los inviernos canos!...
¡Ni los pies descalzos pisaron el mosto
si la uva granada no fuera al agosto!...

TIBALDO.

¿Pero el vino, moza, lo querrás añejo?
Y a las barbas blancas pedirás consejo
si tienes oveja con alferecía
o pierdes la senda en la serranía.

Si buscas la yerba para la cuajada
o lugar seguro para la tenada.
o manera cierta de pasar los puertos,
si están, como agora, de nieve cubiertos.
¡Y no hay sol de agosto que pueda igualar
al fuego que un viejo enciende en su hogar!
Un tiempo fui mozo, como tú ores moza,
pero siempre amé la lumbre en mi choza,
y asar las castañas y migar pan tierno,
y el vino caliente y el cuento de invierno,
y pasar la vela en ocupación,
herrando un cayado, tejiendo un zurrón,
o a labrar el cuerno sonoro de guerra
que alce las partidas en toda esta tierra.

GINEBRA.

¡Ya pasó aquel tiempo de los partidarios!

TIBALDO.

Aún en las barrancas blanquean los osarios
y en los viejos cantos resuena un redoble marcial.
Y retoña el tronco del roble antiguo,
que ofrece sombra patriarcal
a los regidores de la ley foral.

GINEBRA.

¡De los reyes viejos se acabó la raza!

TIBALDO.

¡La sangre de reyes no muere rapaza!
No hay nadie que fije término a un reinado;
el buen rey gobierna aun siendo enterrado,
y en vano la muerte pasa su cuchilla,
pudriendo en la huesa se manda en Castilla,
bajo nuestro roble, estando en conciertos,
se oyeron las voces de los reyes muertos.

GINEBRA.

¡Del rey Carlomagno, de barba florida,
del otro rey Carlos, de barba bellida,
se acabó la raza!

TIBALDO.

¿Pues el rey Carolino?

GINEBRA.

Tanto le persigue su negro destino,
que vive en el monte como otro cabrero.

TIBALDO.
Pues es nuestro rey con arreglo a fuero.

GINEBRA.
Yo le vi en la altura de aquella montaña.

TIBALDO.
Yo le tengo dado lecho en mi cabaña.

GINEBRA.
Como estaba lejos le reparé mal.

TIBALDO.
Yo pude besarle la mano real.

GINEBRA.
Llevaba de galgos una gran jauría.

TIBALDO.
Con un gran ejército le verás un día.

GINEBRA.
Gritando a los canes descendió al barranco.

TIBALDO.
Le has de ver un día en caballo blanco.

GINEBRA.
Era todo negro sobre el sol poniente.

TIBALDO.
Le has de ver armado y resplandeciente.

GINEBRA.
¿Cuándo?

TIBALDO.
Cuando esta bocina labrada
por mi mano se halle pronta a ser sonada,

GINEBRA.
Se gastan los ojos en labor tan fina.

TIBALDO.

Para el rey Carlino labro mi bocina.

GINEBRA.

Por tejer las hondas para sus cabreros
hilo yo la lana que dan mis corderos.

Se oye confusa y agreste zalagarda de pastores
que hace arcada y se agiganta por barrancos y quebrales.
Los mastines del ganado se sacuden avizores,
fosco el pelo a la redonda del hierro de los dogales;
se aprietan junto a las madres los corderos baladores;
van pasando en un gran vuelo las palomas augurales,
y un pastor, como David, da sus gritos triunfadores,
bello, volteando la honda erguido en los peñascales.

OLIVEROS.

¡Es el lobo! ¡Es el lobo acosado
por los mastines del ganado!
¡Le salté los ojos con dos tiros de piedra, certeros!
¡Abuelo Tibaldo, le salté los ojos!
¡Le gotea la sangre en dos hilos rojos,
en la piel del pecho tiene dos regueros,
desataentado va por los senderos!
¡Los pastores de Campo Voltaña, rodando una peña,
tapial le tenían puesto en el cubil
¡Buscó amparo al acoso en la breña!
¡Le alzarón las guardas de nuestro redil!

GINEBRA.

Pasando un herbero, la luna naciente,
con otros pastores que guiaban los hato,
vimos a la loba con cinco lobatos,
que estaban bebiendo al pie de una fuente.

OLIVEROS.

¡Cegué al macho volteando la honda!

TIBALDO.

¡Cómo se revuelve de canes cercado!
¡Cómo por la jara del monte se enfunda!
¡Paga sus entuertos!

GINEBRA.

¡Sea arrenegado!

TIBALDO.

¡Con cuánto coraje
forada la jara y rompe el ramaje!

OLIVEROS.

¡Y el tropel de canes que le mueve guerra
casi abre una trocha
con lo que desmocha!

GINEBRA.

¡Y hace como un río tanto lomo blanco!
Y si corre franco
el lobo aparenta que bate la tierra
con el fuelle agitado del flanco.
¡Como una centella baja a los batanes!
¡Echóse al torrente!

OLIVEROS.

¡Maldito el arredro que le entró a mis canes!
¡Ninguno es atrevido para la corriente!

GINEBRA.

¡Con qué dientes blancos ladran y jadean!
¡Con qué furia siguen por la orilla abajo!

OLIVEROS.

¡Abasados sean!

TIBALDO.

¡Fue mañanero el lobo y es muy alto el tajo!

GINEBRA.

¡Un dogal le forman las espumas frías
a la testa negra de cuencas vacías!

OLIVEROS.

¡Mal haya mi honda,
que sobre los lobos reinó en la montaña!
¡Mal haya mi hazaña,
que el cristal de los ojos le enfonda!
¡Mal hayan los perros,
que no entran por él!
¡Así les arranquen la lengua con fierros!
¡Así les restañen la sangre con hiel!

TIBALDO.

Un raposo no sabe más tretas que un lobo con canas.

GIEBRA.

A tener las cuencas de los ojos vanas
promesas os hacía,
por Santa María,
que con su artería
no me tomaría
del hato un lechazo.

OLIVEROS.

¡Mas queda la hembra en la serranía!

TIVALDO.

Deberíase hacer un humazo,
a la boca misma de la madriguera,
y en paraje oculto quedar a la espera.
Acaso asomare la loba que vio la rapaza.

OLIVEROS.

¡Seguro era entonces podelle dar caza!

TIBALDO.

Yo lo hice una vez, y así sucedió:
cinco vueltas asomé,
otras tantas que se entró
y cinco lobeznos que sobre la hierba dejó.

*Llegan otros mancebos montañeses,
rudos, fuertes, de rostros encendidos,
melados por el sol como las mieses,
con cayados al fuego retorcidos,
con capuces del pelo de sus reses
y zajones de cuero mal curtidos.*

CABRERO.

¡Abuelo Tibaldo, de las blancas barbas de veneración,
la bocina que labras del cuerno del toro no dará su son!

TIBALDO.

Pastor que en el labio aún no tienes bozo,
¿por qué vas alzando tan triste pregón?
¡Enroscada llevas en el pecho, mozo,
sierpe de miedo o de traición!

UN CABRERO.

¡Abuelo de ojos de color de esperanza,
que en las barbas blancas tienes azucenas,
que en el pecho tienes miel de las colmenas,
no pienses, abuelo, que hice tan torpe mudanza!

TIBALOO.

Para alzar los ecos de la tradición
del asta del toro labra esta bocina,
que mi padre ya labraba
a la sombra de una encina.

OTRO CABRERO.

¡Abuelo, si hoy diese su son,
acaso lo oyere en una prisión
aquel de la lengua guedeja,
aquel de la boca bermeja;
de los ojos graves, de las risas francas
y ramos azules en las manos blancas!
¡Aquél, que era un gamo saltando
y una tortolica si miraba blando,
y si, enfurecido, un joven león!

OTRO CABRERO.

¡Por veredas escondidas mendigando,
rey Carlino va buscando
salvación!

GINEBRA.

Si por vericuetos de la serranía
huye rey Carlino:
si en cueva de lobos se oculta de día
y a los senderos del monte le fía,
bajo la luna, su destino;
si no tiene para guía
una mano en tal revés,
rey Carlino, sin fortuna,
halla más amparo en la clara luna
que en un pecho montañés.

OLIVEROS.

¡Un rey de otra tierra
a rey Carlino mueve guerra!

UN CABRERO.

¡Incendió la troje, tomó los rebaños, degolló los perros!

OTRO CABRERO.

¡A los pastores que hacen cautivos marca con hierros!

OTRO CABRERO.

¡Todo el campo ordena talar!

OTRO CABRERO.

Y en la mesa del yantar
hace que pongan avena al overo!

OTRO CABRERO.

¡Y por befa cuelga en hombros de un menino,
que lleva sayo cascabelero,
la piel de oso que vestía rey Carlino!

TIBALDO.

¡Mozos montañeses,
si un rey de otra tierra
a rey Carlino mueve guerra
e incendia las mieses
y cobra las reses,
mozos montañeses, de malas venturas voceros,
sofrenad la lengua,
que de vuestra mengua
sois los pregoneros!

GINEBRA.

¡Si cansado de tantas jornadas
pasó peregrino
por vuestras majadas,
si para calmalle sedes del camino
hicisteis la ordeña
de oveja lechera,
si habéis visto su sombra que sueña
vestida de oro ante vuestra hoguera,
montañeses de Monte Araal,
¿cómo no seguisteis la sombra real?
Al saltar en la noche la quiebra de algún peñasal,
¿no os llamó la onda de su cabellera
flotando a su espalda como una bandera,
el negro tropel
de los galgos, que en un vuelo iba tras él?

UN CABRERO.

No vimos su sombra en trasluz de ocaso
ni en claro de luna, la noche mediada:

no oímos su paso
rondar la majada.

OTRO CABRERO.

Ni en yerbas de herbero,
ni en sendero
hallamos huella de rey Carlino.

OTRO CABRERO.

Ni vieron los ojos en ningún camino
temblar el claror de la estrella
de su destino.

TIBALDO.

Ni bocina bajo el roble de los fueros,
montañeses de Monte Araal,
hará junta de pastores y cabreros.

GINEBRA.

¡Abuelo Tibaldo, a lo lejos iba la sombra real!

TIBALDO.

En los ojos tienes a temblar, zagala, visionaria lumbre.

GINEBRA.

Abuelo Tibaldo, por algún camino llega el Rey sin trono.
Sus galgos ha poco que estaban rastreando la cumbre.

T I B A L D O .

¡Bajo el roble de los fueros va a llorar su abandono!

*Con el viejo Tibaldo se parten los cabreros.
Quedan bajo el hayal Ginebra y Oliveros.
La pastara hila el copo, rodeada de cordero,
el copo para hacer hondas a los honderos.*

GINEBRA.

¿Que esperas?

OLIVEROS.

Espero por hablar contigo.

GINEBRA.

No hemos de casar ni tigo ni migo.

OLIVEROS.

Regalo te traigo.

GINEBRA.

Tórnate con él.

OLIVEROS.

De cintas bermejas picado cairel,
que en Voltaña, feria de Santa María.
para tus cabellos mercado lo había.

GINEBRA.

¡Hoy supe que amor se obliga en ferial!

OLIVEROS.

¿Por qué mal me quieres?

GINEBRA.

No te quiero mal.

OLIVEROS.

Pagas con desvíos voluntades tiernas
y los mis gobiernos todos desgobiernas.

GINEBRA.

¡No es bien que concierten amor los zagales
cuando peregrinan sandalias reales!

OLIVEROS.

Amor que hace aguardo no es amor, Ginebra.
Yo le pongo cárcel y él los fierros quiebra;
es señor que busca su libertinaje
y sólo a quien ama rinde vasallaje,
azor que no puede soportar capuz,
ni reviene al puño y ciega en la luz.

GINEBRA.

¡Cuando mendigando va el hijo de Reyes
y cuando sus manos, que escriben las leves,
llaman a las puertas por alzar soldados
y a las madres piden sus hijos criados,
cuando a guerrear el monte se apresta,
de bodas y tornas mal haya la fiesta!
¡Pastor que me hablas, afila la hoz
y de Rey Carlino espera la voz!
¡Mal haya la fiesta de bodas torneras
cuando Rey Carlino mueve sus banderas!

OLIVEROS.

No cruzó tu aldea la sombra real.

GINEBRA.

Vuelve atrás, que acaso descansa en tu umbral,
la frente en las manos, que dicen martirios,
manos que se juntan como haces de lirios,
azulados ramos en claro de luna,
manos que una Reina besaba en la cuna.

OLIVEROS.

Manos que esta boca besaré!

GINEBRA.

Mancebo, primero a la hoz saca filo nuevo.

OLIVEROS.

Tal filo le saque que ciegos de vella,
y más que otro haga he de hacer con ella.
Segará gargantas como segó el trigo.

GINEBRA.

Si cumplieres bueno, casara contigo.

OLIVEROS.

Cumpliré tan bueno que, en vez de casar,
lazadas de luto por mí has de llevar.
¡Ya el perro lo anuncia!

GINEBRA.

Será que recela
y de alguien que pasa da la centinela.

*Un hombre asoma a lo lejos por la cresta de la foz,
y en el eco del torrente rueda el eco de su voz.
Se perfila sobre el cielo y le cercan en tropel,
corredores y saltantes, galgos que vienen con él.*

EL REY.

¡Dame, Señor, la cueva de un lobo donde acabar,
o en la orilla de un camino un muladar!...
¡Dame, Señor, de un lobo hambriento la madriguera,
y enciende en mi alma, acongojada, un cirio de cera!...
¡Y no arrastres por tantos caminos mi crin de león,
o dale un escudo de bronce a mi corazón!...

¡Cubre, Señor, de gusanos mi manto!
¡Cubre, Señor, mis noches de espanto!
¡Cubre, Señor, mis ojos de llanto!...
¡Dame todo el humano dolor,
el oprobio, la lepra, el hedor!
¡Pero salva mi alma, Señor!
¡Y conviértete en flor
el cardo heridor!
¡Señor, a esta ciega que duda
guarda tu ayuda
y hazla ser cuando agoniza
en su lecho de ceniza,
como una espada desnuda!

*Bajo el ramaje de las hayas viejas
la voz del Rey, guerrera y ululante,
parece un eco de lejanas quejas,
el alma toda de una tribu errante.*

OLIVEROS.

¡Rey Carlino llega aína!

GINEBRA.

¡Con qué querella plañe su mal!

OLIVEROS.

¡Sólo un rey puede llorar asina!

GINEBRA.

¡Parece que llora todo el hayal!

EL REY.

¿Zagala, han hilado la cuerda tus manos?
¿Escondes el hierro a la espalda, zagal?

GINEBRA.

Por lavarte los pies soberanos,
rey Carlino, hilé un cendal.

OLIVEROS.

Rey Calino, Señor el Rey,
guardamos ganados de aquellas bordas que te siguen ley.

GINEBRA.

Rey de estos casales, deja a tus villanos,
pues tenemos boca, besarte las manos.

Manos que se juntan llorando martirios,
y tiemblan, unidas, como hacen de lirios.
¡Azulados ramos en claro de luna,
manos que una reina besaba en la cuna!

EL REY.

Mis manos te diera, mas no en señoría,
que van mendigando por la serranía.

GINEBRA.

¡Tu peregrinaje más mi amor agranda!

EL REY.

El dártelas fuera para hacer demanda...
Con la sed y el hambre de mi largo camino
a este hayal del monte llegué...

GINEBRA.

Rey Carlino,
merienda que tengo de queso y de entena,
por ser tan humilde, para ti no es buena.

EL REY.

Zagala de ovejas, divino es tu don,
si con la merienda das el corazón.

GINEBRA.

Porque te refresques he de hacer ordeña,
porque te reposes fogata de leña.

OLIVEROS.

Señor, te reposa debajo del haya,
que sobre el camino yo haré la atalaya.

EL REY.

Si quieres servirme, ven por mi sendero
y apresta la honda para ser mi hondero,
y entre los jarales rasga tus vestidos,
que nunca hace holgada el león perseguido.

OLIVEROS.

Adonde tú fueres iré en tu compañía.

EL REY.

Por alzar soldados corro la montaña.

OLIVEROS.

Polvo del camino llevas en los pies,
llevas en los hombros manto montañés;
pero entre sus pliegues llevas un lucero
que temblor de gloria deja en el sendero.

*Se oye un a tambor. ¡Mi Dios, qué sería!
Se mueven pendones en la lejanía.
El rostro del Rey cambiado se había.*

GINEBRA.

¡Muchos hombres vienen, las picas en haz!

OLIVEROS.

¡Torvos gavilanes!

EL REY.

Si sabes, rapaz,
senda de cabreros, sácame por ella.

OLIVEROS.

Por donde te guiare no dan con tu huella.

GINEBRA.

¡Un serafín blanco te salga al camino!
Rey peregrinante, el buen Rey Carlino,
para la jornada lleva mi zurrón.
¡Con la mi merienda va mi corazón!

EL REY.

¡Por qué me lo ofreces; honesta doncella?
Velarios de luto velaron mi estrella,
y esos atambores dicen mi pregón,
que me hacen acoso igual que a un león.

OLIVEROS.

¡Las lanzas lunadas! ¡Las negras bisarmas!
¡Ya se oyen las voces de los hombres de armas

EL REY.

¡Señor, que cegaste mis ojos de llanto,
que hiciste de mi alma hostel de leones;
Señor, que mis sueños cubriste de espanto,
cúbreme de lepra y no me abandones.
¡Señor, compadece tanta desventura.
por tales caminos no arrastres mi crin,

enciende los cirios de mi noche oscura
y dame una cueva donde tenga fin!

*Se parte el Rey. Delante va Oliveros,
mostrando el paso de escondida senda,
y la ingenua pastora de leyenda
reza de hinojos entre sus corderos.*

GINEBRA.

¡La Madre bendita lo saque con bien
y el Glorioso Infante que nació en Belén.
¡Y el señor San Jorge, que fue paladino
de estoque y espuela!
¡Y el señor Santiago, que fue peregrino
y está en Compostela!
¡Y el señor San Pau, que antes de ser santo
fue perseguidor!
¡Y aquel eremita que bajo su manto
salvó a un pecador!
¡Y Santa Ginebra, que confundió infieles!
¡Y a los que yantaron con Nuestro Señor
el pan de la misa a manteles!

*Entran por el hayedo hombres de ojos feroces,
de manos dominantes y finas como garras,
de levantado gesto y levantadas voces
y de corvo perfil, como sus cimitarras.*

*El yelmo bien entrado a la frente morena,
sonrisa de mastines con un fulgor de espuma,
y temblante en los hombros la rizada melena
al viento montañero como una negra bruma.*

*Cornarrentas de bronce decoran sobre el casco,
y en la oreja negruzca, un arete maltés;
y a par de la bocina va el puñal de Damasco
en el cinto ataviada, metido de través.*

UVA LANZA LUNADA.

¡Eh, tú, zagala!

GINEBRA.

¿Quién va?

UNA LANZA LUNADA.

El hombre que estuvo reposando acá,

¿por cuál senda tomó?

GINEBRA.

No lo vi.

UNA BISARMA.

¡Eh, tú, la zagala!

GINEBRA.

¿Decí?

UNA BISARMA.

¿No pasó por acá un caminante?

GINEBRA.

¡Muchos han pasado! ¿Cuál buscáis, amante?

¿Es un mozo que iba con los requesones?

¿Es uno lisiado de los zaratones
que a Calatraveño hace romería?

¿Es tal preguntar por la Señoría
que pasó de caza al clarear el día!...

Pasó a la jíneta, ¡Baladro que hacía
sonando el su cuerno de la montería!

UNA BISARMA.

El que yo te digo,
y que en esta senda platicó contigo,
no iba caballero,
recuérdalo bien.

GINEBRA.

Bien que lo recuerdo. ¡Un santo palmero
de Jerusalén!

UNA BISARMA.

¡Rapaza de ovejas no vi más taimada
si con él hablaste
y por el sendero tú lo caminaste!

GINEBRA.

¿De cierto, galán? ¿Y fue esta vegada?

¿Será aquel pastor
viejo, si los hay;
que lleva en las mangas de su capusay
el diezmo de quesos al Padre Prior?

Decidme: el doncel.

¿cuál porte era el suyo?
Por ver si concluyo
de hacer mientes de él.

EL CAPITÁN.

¡Para mofas hay harto:
¡Pastora,
mi lanza lunada
ha de entrar por tu vista traidora
si persistes negando!

UNA PICA.

¡Cuitada,
cuitada de ti!

GINEBRA.

Si por quien preguntas yo nunca lo vi,
¿qué respuesta quiere tu lanza de mí?

EL CAPITÁN.

Llevala al real. Cuando sea tornado,
en mi escudo habemos de jugarla al dado.

GINEBRA.

¡Acá, en la mi tierra, la pica y la lanza
a pecho de hembra no hacen maladanza,
señor Capitán! Acá, en la mi tierra,
la lanza y la pica son para la guerra.

¡Lobos que yo vide sobre los alcores,
salidme al camino por me devorar!
¡Mejor os quería que a tales traidores,
que al dado villano me van a jugar!

¡Lobos que yo vide rondar mi rebaño,
no me dejéis viva para tanto daño!
¡Saciad vuestras sedes sobre mi garganta,
no me dejéis viva para afrenta tanta!

¡Comedme los ojos, la boca, las manos,
y no me dejéis entre estos villanos!
¡Lobos, dientes blancos, salid de los tobos!
¡Lobos, bocas negras, lobos, lobos, lobos!

*Al extinguirse el eco de su pena,
bajo la sombra antigua del hayal,*

*se oye el vuelo feliz de una colmena
y la flauta de cargas de un zagal.*

JORNADA SEGUNDA

De tojos y jara arde la lumbre tradicional
en aquella gran cocina campesina y comunal
que a cabreros y ovejeros congrega del Araal.

Van entrando los pastores con un vallo de neblina
--tarde de nieve en el monte, buena hoguera en la cocina--;
se sientan a la redonda en los escaños de encina.

La lumbrarada flamea bajo la ancha chimenea,
en donde duermen los trasgos que malefician la aldea,
Y el hogar es todo sangre, como nuncio de pelea.

Ahuman en un varal el tasajo y el pernil,
previene una mujer ciega la colación pastoril
y templea un zagal al fuego la piel del gay tamboril.

UNA VIEJA.

... Como vos decía,
eran siete nietas las que yo tenía,
siete rosas albas de un mismo rosal,
albas coma infantas de linaje real.
Llevaban al sol madejas de estopa,
cuando a nuestra aldea bajó aquella tropa
de gente pagana y me las robó...
¡Fue como un gran viento que las deshojó!

GINEBRA.

Yo sé de esa afrenta que, siendo zagala,
entró Rey Pagano haciendo la tala
por el monte en donde guardaba ganado,
y fui barragana de su Adelantado.
Todos mis corderos degolló en un día,
haciendo gran fiesta de barraganía,
manchando su manto con heces de vino,
holgando en camada de fragante lino
con otras mujeres, que en riña jocunda
de pámpanos verdes le ciñen coyunda.
¡Fue antaño la afrenta, y aún lloran hogaño

estos ojos que hizo cegar su puñal,
estos ojos muertos la afrenta y el daño,
con la punta fría pasando el cristal!

EL VERSOLARI.

Cuando grana el trigo hacen algarada,
siegan nuestra mies a filo de espada.

UN PASTOR VIEJO.

Roban por las trenzas a nuestras mujeres,
las llevan cautivas para sus placeres...

LA VIEJA.

Y si alguna torna con hijo de afrenta,
llora en un retiro y a nadie lo cuenta.

GINEBRA.

Hijo de vergüenza parí en este monte,
y con él en brazos, sin sentir afrente,
fui por los caminos gritando a los vientos
todos mis ultrajes y padecimientos.
Lo alzaba en los altos, cara a los caminos,
como la reliquia de nuestros destinos.

EL VERSOLARI.

Guiaba mi yunta y te vi pasar
una tarde puesta la lumbre solar.
¡Cómo ardió mi sangre al planto que hacías!
¡Años que volaron desde aquellos días,
en que tuve siembras y yunta y arado,
y todo dejé para ser soldado!
Ya perdí la cuenta...

GINEBRA.

El tiempo cabal
pregonan los años que cumple el zagal.

EL PASTOR VIEJO.

¡Qué alas tiene el tiempo! ¡Ese rapaz hecho,
aquel que en pañales lloraba a tu pecho!
¡Nunca lo diría!

GINEBRA.

¡Diez años en guerra!

EL VERSOLARI.

¡Diez años de hambre sin sembrar mi tierra!
¡Diez años que el Rey corre estas montañas
y pide posada en nuestras cabañas!

LA VIEJA.

¡Y cenó pan negro en la mi cocina
y durmió en el ancho escaño de encina!

EL VERSOLARI.

Y durmió en la tierra sin otro techal
que la negra copa del roble foral!

EL PASTOR VIEJO.

Tal sueño, en la guerra, más hace al buen Re
y que el juro en la iglesia de cumplir la ley.

GINEBRA.

De los fueros viejos tanto se le alcanza,
que abuelo Tibaldo oye su enseñanza.

LA VIEJA.

Por aquí el Rey pasó el otro año;
le serví la cena sentado en su escaño.
No quiso catarla si no eran con él
mis nietos pequeños en un redondel.
Su mano real, de aquella pobreza
el reparto hacía como de grandeza.

GINEBRA.

¡Bendígala Dios su mano real!

LA VIEJA.

Vieras tú con todos qué hablar tan parcial.
Bajaron por verle de la serranía
los pastores viejos; que mozos no había.
Y como pregunta, yo más arriscada
dígole que iban en la su mesnada,
sin haber un solo zagal montañés
que no siga el polvo que dejan sus pies.
El Rey, que me oía con la cara blanca;
quebró en un suspiro su sonrisa franca,
y como cristales de un lindo joyel
rodaban las lágrimas de los ojos de él.
Mis nietos pequeños, todos al redor,
tal que en misa estaban ante aquel dolor.

GINEBRA.

Tienen adivino de las grandes penas
esas almas blancas que se abren apenas!

E: PASTOR VIEJO.

¡Vuelan sobre el río, que su caudal hace
con todos los duelos, desde que se nace,
y en un mismo cauce junta por igual
llanto de pastores y llanto real!

LA VIEJA.

Desde aquel gran día andan los mayores
volteando las hondas por esos alcores
con otros zagales, y haciendo el apreste
secreto por irse del Rey a la hueste.

GINEBRA.

Con el hijo mío acontece igual,
quiere ser hondero en la hueste real,
y como de burlas un viejo pastor
le dijo que sólo puede ser tambor,
siendo como es de edad juvenil,
se ensaya a tañer el gay tamboril.
¡Ruega tan ahincado que voy de jornada
por llevarlo al Rey como mi mesnada !

EL VERSOLARI.

¿Sabe cómo ha sido engendrado?

GINEBRA.

¡Sí!
¡Y odiando su sangre me aventaja a mí!

LA VIEJA.

¡Cordero y lobato siempre vi detrás
de la ubre materna; del macho, enjamás.
Picarín que templas el gay tamborín,
llega que te vea yo, mi picarín.

*Con alegre priesa
se acerca el rapaz.
¡Oh, linda promesa
del fruto en agraz!*

GARÍN.

Diga la dueña, ¿qué quería?

LA VIEJA.

Ver de tus ojos el profundo...
Saber las rosas que tenía
para ti el rosal del mundo.

GISEBRA.

¿Cuál es, dueña, tu profecía?

LA VIEJA.

Amanecido oíste, zagal,
qué alegre cantó en el sendero
el mirlo real...
¡Mas era el su sayo de sepulturero!
De amanecida miraste zagal,
zagal ovejero,
cómo la sangre del sol matinal
de los vellones del nevero
hace regatos de cristal...
¡Tú en los ojos tienes una amanecida!
¡Sangre de sol, píos de nidal
han de ser tu vida,
mi lindo zagal!...

GARÍN.

¡Haré un redoble de rebato!
Sobre los aros del tambor
rasgaré el cuero del chivato
en un gran día de Señor.

GINEBRA.

¡Cuando vuele franca
ha de ser azor
mi blanca paloma!

GARÍN.

Tú me esperarás sentada a la vera
del camino verde de la Primavera.

GINEBRA.

Andando el camino
oirás mi cantar...

GARÍN.

Tú sabrás de mi destino,

madre, por mi redoblar.
Bajo la sombra de la bandera
del Rey Carlino,
siempre a la vera
de su estribera
ha de sonar mi tamboril.

GINEBRA.
¡Con rosas de sangre florece tu abril!
No has de olvidar que estás obligado
a ser en todo adelantado.

GARÍN.
Si me engendró la violencia,
si me parió tu deshonor,
si tengo mancha por herencia,
yo he de trocarla en resplandor.

GINEBRA.
¡Hágalo Dios Nuestro Señor!

LA VIEJA.
Callad un poco vuestro comento.

GINEBRA.
¿Qué ocurre, abuela?

LA VIEJA.
No estoy muy cierta
si lo ha fingido la voz del viento,
pero en la senda sonó un lamento.

GARÍN.
Sobre el camino pondréme alerta.

*Las bocas implorantes, las manos levantadas,
corrían en tropel labriegas azoradas
y arqueros, que las tornara en un bárbaro rapto.
Traen sangre en los labios, las trenzas destrenzadas,
y el seno descubierto, y las faldas rasgadas,
aquellas que han sufrido las furias del contacto.*

ALADINA.
¡Dadme cobijo!

LA VIEJA.

¿Qué te acontece? ¡Rompe, rapaza!

ALADINA.

¡Quieren robarme del otro campo!

LA VIEJA.

¡Vienes mortal!

ALADINA.

¡Los gavilanes del Rey Pagano me daban caza!

EL VERSOLARI.

¡Si te velaron, su vuelo fina sobre el umbral!

ALADINA.

¡Por los senderos haciendo el rapto van en gavilla!

¡Van coleo alanos sobre la huella del jabalí!

¡Moza que prenden ponen terciada sobre la silla!

GINEBRA.

¡No han de cobrarte si por acaso llegan aquí!

GARÍN.

Para rendillas a su talante, arman las flechas,
el arco tienden y hacen amago de disparar.

ALADINA.

¡Garín, no cuiden si acá reparan, que los acechas!

GINEBRA.

Con la ceniza cubrid la lumbre que arde en la llar.

ALADINA.

¡Donde los ojos no me descubran dadme cobijo!

GARÍN.

¡Sí por ti vienen hará un rebato mi tamboril.

¡No han de cobrarte!

GINEBRA.

¡Bendita sea tu lengua, hijo!

¡Cómo se torna lobo el cordero de mi redil!

ALADINA.

¡Lo que no toman lo dan al fuego!

EL PASTOR VIEJO.

De cien doncellas
piden las parias.

LA VIEJA.

Los vi un mal día por mi casal,
cuando cortaron, sin hacer cura de mis querellas,
con las espadas las siete rosas de mi rosal.

ALADINA.

Por las veredas llegan los pasos del enemigo,
pasos de hierro, que aun de batallas fingen el son.

GARÍN.

Entre los verdes haces del heno no dan contigo;
yo hice la siega de Rey Carlino para el bridón.

ALADINA.

¡Si acá vinieren y me descubren, que sea muerta!

GINEBRA.

En el camino se oyen las rudas vocea que dan...

EL VERSOLARI.

Los retorcidos cuernos de bronce dicen alerta.

GARÍN.

Llega segando por el camino su yatagán.

*Después de sepultar a la zagala
bajo los haces de fragante heno,
fue Garín al umbral haciendo gala
de sonreír con ánimo sereno.*

EL CAPITÁN.

Echa un tronco a la lumbre.

GARÍN.

No queda
jara ni jarilla
que no arda en la llar.

GINEBRA.

En estos albergues de Vieja Castilla
anda caro el fuego como la moneda
y como el yantar.

LA VIEJA.

Me torno mis mozos, para mi quintero.

EL VERSOLARI.

Todos nos tornamos a nuestro destino,
que salió la luna, luna del Enero.
y es blanco el camino.

EL PASTOR VIEJO.

Como en un nevero blanco es el sendero.

*Salen los pastores en fila doliente,
el viento nocturno les bate las greñas;
sobre los cayados inclinan la frente
y se oye un confuso rumor de madreñas.*

EL CAPITÁN.

¿Sabes, mujer, a quién tienes delante?

GINEBRA.

Bata con oírte para lo saber,
que si el tu hablar tan imperante
de capitán tiene que ser.

EL CAPITÁN.

Llevo en las batallas la enseña real,
y en los concilios tengo, el segundo, mi sitial.

GINEBRA.

¿Y siendo tan alto, señor de señores,
entras a la borda de pobres pastores
y a la hoguera muerta pides sus calores?

EL CAPITÁN.

Hacemos el rapto de mozas doncellas
para celebrar coyunda con ellas,
y en este paraje del monte, siguiendo las huellas
de un tropel arisco
que de risco en risco
hacia el bosque, frenético, huía,
perdimos la senda con la luz del día.

UNA PICA.

Manda Rey Pagano de mozas doncellas hacer el apreste,
porque al pie del trono la muerte da voces.

y tres dogos negros, el hambre, la guerra, la peste,
de picas v arqueros aclaran las hoces.

UNA LANZA

Entre las fogatas, haciendo connubio con alegres fiestas,
hemos de partir la piel de camello de nuestras yacijas
con vuestras hermanas y con vuestras hijas
porque no nos falten lanzas ni ballestas.

UNA PICA.

Aquellas mujeres, que acá nos siguieron desde nuestra tierra,
pisando en el polvo, llevando a la espalda los niños pequeños,
fieles al estribo de nuestros caballos de guerra,
cantando las viejas canciones que arrullan los sueños,
hoy blancas las trenzas, secas las entrañas,
no cubren los claros que en picas v arqueros abren las campañas.

EL CAPITÁN.

Ya no empreñan hijos las viejas mujeres de los capitanes gloriosos,
aquellos de barbas floridas como antiguos Martes,
que los yataganes,
de roja leyenda,
cruzan a la entrada de la rota tienda,
sobre las adargas de cuero de buey,
con los estandartes
del Rey.

GINEBRA.

¿Y no cuidas, soldado invasor,
que la hembra aprisada
en vuestra algarada
no porta en la mano la antorcha sagrada
que enciende el amor?
¿Y no cuidas, soberbio, que el hijo de tanto furor
beberá en el pecho
de la hembra forzada
odio al forzador?
¡Qué habrá de dormirle la madre en el lecho,
con el romanciño de vuestra mal fecho,
rimado en el monte por algún pastor!

UNA LANZA.

¡Aman las doncellas
siempre al vencedor!

EL CAPITÁN.

Mi horóscopo alaron nuestros adivinos,
y en la sangre que marca mis huellas
dicen las estrellas
que han de hallar las bellas,
del amor los divinos caminos.

UNA PICA.
Siempre las esclavas aman al Señor.

UNA BISARMA.
¡Prende a la paloma mirando, el azor!

EL CAPITÁN.
Las que a mí me cuadran, al hacer partijas
besarán mi mano, velarán mi sueño.
serán como dogos al redor del sitio de su dueño.

GINEBRA,
¡Durmiera cien noches en vuestras yacijas
y al odio que os tengo juntara cien más!

CAPITÁN.
Pues así me tientas, tú, la montaraza,
y tengo en el arco la flecha para darte caza,
hemos de proballo.

GARÍN.
¡Jamás !
De halagos no sabe boca que está yerta,
Y tú, soberbio, has de saber
que si la quieres la tendrás muerta.
¡Lo que fue antes no ha de ser!

EL CAPITÁN.
¿Cuándo fue lo que cuenta, mujer?

GINEBRA.
Cuando un arquero bárbaro y rudo,
todo desnudo
y ensangrentado,
ganarme pudo
jugando al dado
sobre el sonante y abollado
haz de mi escudo.

EL CAPITÁN.

¿Por qué miran tan quietos tus ojos?

GINEBRA.

Mis ojos no miran a nadie, soldado,
que los cegaron los enojos
de aquel arquero violento,
del pecho desnudo, velludo y sangriento.

EL CAPITÁN.

¿No amaste al arquero?

GINEBRA.

¡Tal le aborrecí,
que al dejarme ciega,
porque era no velle se lo agradecí!

UNA PICA.

¡A cuántas cautivas, en nuestro real.,
sobre los escudos jugamos igual!

ÉL CAPITÁN.

A cuántas gané
y luego perdí...
A unas recobré,
a otras nunca vi...

GARÍN.

¡Madre! ¿es el arquero de quién yo nací?

GINEBRA.

¡Mis ojos no pueden salir de la sombra!

GARÍN.

¡Tu alma otro tiempo tenía la doble mirada!

GINEBRA. ¡Hoy, no!

GARÍN.

En otro tiempo una voz sagrada
te anunció las cosas que ninguno nombra...

GINEBRA.

¡Hoy, no!... ¡Que la estrella de los adivinos
la nubla el rencor! ...
Si en mi noche oscura dio su resplandor
fue por los caminos

más albos que linos
que van al amor...

EL CAPITÁN.

De la moza que huye seguid el acoso;
talad en el monte ramajes de encina
tornad con ellos para hacer reposo
dormir al fuego en esta cocina.
Antes de partiros daréisme la bota
y cebaréis, al hogar que aún rojea,
un cuerno colmado de rubia bellota,
que estalle alegrando los trasgos de la chimenea.

*Se parte el tropel de soldados,
llena ss vaso el Capitán,
!o apura a sorbos regalarlos,
y el vino de tonos dorados
mancha sus barbas de Egipán.*

GARÍN.

¡Madre, es toda barbas de llama su faz!

EL CAPITÁN.

¡Beberás conmigo en el vaso de oro
que en un iglesario robé del tesoro!

GARÍN.

¿Es él, madre?

¡Deja que beba. rapaz!

EL CAPITÁN.

Filtro de amor sea,
al tocar los rojos labios de tu boca,
este añejo mosto que enciende la tea
del hijo de Venus y al placer provoca.

GINEBRA.

¡Yo conozco el calor de tu mano!
¡Mis ojos la han visto bárbara y velluda,
la sentí en mi carne, igual que un gusano,
corrermé desnuda!
Me la anuncia ahora, como en aquel tiempo, un escalofrío;
tú eres el verdugo que puso la venda
de sangre, en mis ojos con su puñal frío:
este turbulento vino de paganos me diste en tu tienda,

y hube de beberlo, mezclado a mi lloro,
del vicio iglesario en el cáliz de oro.

EL CAPITÁN.

Cuando acá llegué,
viéndote sentí
de! árbol del tiempo las hojas doradas caer pobre mí...
¿Fue jugando al dado como te gané
o jugando al dado como te perdí?

GARÍN.

¿Madre, es el arquero de quien yo nací?

GINEBRA.

¡Cuando me preguntas se anubla mi fe!

EL CAPITÁN.

¡Dices que tus ojos cegó mi venganza;
yo no hago memoria!

GINEBRA.

¡Es tan larga y tan roja la historia
de tu puñal y de tu lanza!

*Reviven los ecos de la cabalgada
que pasan al galope, tendido el rendaje,
y se ven las luces que deja la espada,
que pasa segando, y se ve el oleaje
en toda Castilla de la mies dorada.*

*Apurando el vino de la dulce Francia
miraba el soldado, rijoso, a la hembra,
y en la mano rucia, que sin tregua escancia
el cáliz ole oro lleno de fragancia,
era como espiga tronchada en la siembra.*

*Del jardín de Venus, del rosal de Heros,
los ojos, ya turbios, tienen dos abejas,
y la coracina, de sangrientos cueros
y lucientes bronces, tiene dos regueros
del vino que escurren las barbas bermejas.*

*No corre más suelta el agua salada,
las barbas enormes del tritón robusto
que entre las espumas asomando el busto,
sale a la ribera de la isla dorada,*

por mirar las danzas del coro venusto.

EL CAPITÁN.

Ven y vuelve a darme tu brazo lirado
para conducirme a un lecho de pieles.
Este añejo mosto mi seso ha nublado
y no es bien que duerma en los escabeles.

GARÍN.

¡Tu anuda requiere!

GINEBRA.

¡Se la doy de grado!

CARÍN.

¡Madre, la mi madre!

GINEBRA.

¡Déjame, Garín!

EL CAPITÁN.

¿Qué azuza el menguado?

GARÍN.

Que llega a su fin
tu vida soberbia de Campeador
o esta vida mía de pobre pastor.

EL CAPITÁN.

Lleva tus corderos al monte, zagal,
mientras yo renuevo glorias del ayer
y enciendo en mi tienda la antorcha nupcial.
Voluntades mías no intentes torcer,
que si larga historia tiene mi puñal,
eco la sangre tuya la puede acrecer.

GARÍN.

¡Cuida que nacido soy de esta mujer!

GINEBRA.

¡Cuida que fui antes sierva en su real!

GARÍN.

¡Madre, la mi madre, qué aliento carnal
te enciende!

GINEBRA.

¡Mi cuerpo de espinas lo viste
un casto zarzal!

GARÍN.

¡El vino de embrujo bebiste
en la santa copa que un excomulgado
con sangre en las armas robó de sagrado
y echó a las alforjas juntando botín!

GINEBRA.

¡Por la vez primera de tu bastardía la sangre sentiste!

EL CAPITÁN.

¡Aparta, malsín!

GINEBRA.

Si es aquel arquero de quien tú naciste
estos ojos ciegos lo sabrán al fin.

GARÍN.

¡Jamás lo que intentas!

GINEBRA.

¡Déjame; Garín!
¡Déjame que siegue! ¡Déjame que tienda
la mies esta noche para Rey Carlino,
y una espada roja le lleve en ofrenda
y el Rey te la ciña como a un paladino!
Déjame que ponga lumbres de leyenda
en la bastardía que te dio la cuna!
¡No tuerzas mis pasos de luz!... En la senda,
toda negra, vide sangrienta la luna...
¡Déjame que siegue la espiga barbada!

GARÍN.

¡Esa siega. madre; era mi aforada!
Esa siega está para mí guardada,
Y no he de cedella a ruano ninguna!

Garín abre el pecho con el alarido
que aún suena era el viejo cauto rrontañés,
y queda en acecho, como arco tendido,
mirando al soldado de cabeza a pies,
con los ojos quietos del azor en nido,
con la gracia airada del gato montés.

¡De un bote el guerrero se alzó apercebido,
sonantes las corvas piezas del arnés!

CAPITÁN.

¡Rapaz, si te sella la gola mí guante de hierro,
un palmo de lengua sacas, como perro
que cruza camino con sed de verano!

GINEBRA.

¡Garín, que no tengo otra luz del sol,
y habré de arrastrarme, falta de tu mano,
por largas veredas como un caracol!...
¡Garín, hijo mío! ¿Dónde estás?... ¡Responde!...
¡Dime tú, el soldado, en donde se esconde!

GARÍN.

¡Madre, no lo invoques, que infamas tu anhelo!

EL CA PITÁN.

¡Basta, o con mi arco al pleito doy fin!

GINEBRA.

¡Mira que otra estrella no tiene mi cielo
que tu mano pequeña, Garín!

GARÍN.

Mi mano se torna garra de león
y agranda su hueco,
como se agranda la voz en el eco
para enterrar un corazón.

EL CAPITÁN.

Rapaz, si mi guante de hierro
dejo caer en tu cerviz,
la lengua escupes a mi ferro,
toda sangrienta v de raíz.

*Entre las garras le hace presa, dando un relincho montaraz,
y como un oso le sofoca, refregando faz con faz.
Can los brazos aprieta un nudo sobre los clavos del arnés;
cuando le suelta, cae doblado como un lirio ante sus pies.*

GINEBRA.

¡Garín, hijo mío!... ¡Gimes en su garra!
¿Qué lamento de muerte exhalaste?
¡Tu carne de rosas su garra desgarrar!

¡Garín... hijo mío!... ¡Ay, me lo mataste!
¡Tus manos malditas gotean la sangre inocente!
¡Nunca te las puedas limpiar de las armas, Caín!
¡Si a una fuente llegas, en sangre se torne la fuente!
¡Bárbaro! ¡Era el hijo de tus furias mi Garín!

*Sobre el muerto cae doblada,
a melena desatada,
en el viento derramada.*

EL CAPITÁN.

¡Maldito el sol sangriento del día
y la vieja amortajada,
luna lunada,
que hizo de plata la majada!
El sol sangriento se ponía,
la luna salía
y acá hicimos vía...
¡Qué negra mortaja la luna traía!...
¡Y tú, cuerpo frío;
que de mi sangre tomabas brío
para la jornada
de las Parcas, ten mi espada
y mi copa dorada!
¡Ya cantó el gallo
y relincha mi caballo!
¿Dónde está la camada,
dueña regalada,
que hemos de partir con la alborada?

GINEBRA.

¡Sangre que no veo y mis manos bañas,
eres del que un día llevé en mis entrañas,
eres mía, roja flor de las hazañas!...
¡Catad., montañeses. mis ojos sin lumbre!
¡Llegad a mirarle bajo las estrellas
y decid vosotros a mi pesadumbre
aquello que nunca le han de decir ellas!
¡Con qué mudas voces clama ser vengado
este cuerpo frío que tengo abrazado
y mis palmas sienten todo atarazado!
¿Qué espada me alargó esta mano muerta
que por los caminos antes me guió?
¿Qué venganza pide esta boca yerta,
que su voz en la cueva profunda de mi alma sonó?

Asoma Aladina asustada,
con un vaho de establo caliente;
tiembla la flor de su mirada
como un lirio sobre una fuente.
Sus greñas rubias se engalanan
envedijadas con hojas de heno,
y bajo el corpiño se afanan
las castas palomas del seno.

EL CAPITÁN.
¡Dueña regalada,
rosa del camino,
el alma me prende
hasta la alborada
en la red dorada
de un sueño divino!

GINEBRA.
Ven, soldado, que el Destino
te quiere mullir
lecho nupcial para morir.

Ginebra se alza con los labios mudos,
la cabellera un humear de tea,
y los brazos, lirados y desnudos
al cuello del soldado le rodea.

ALADINA.
Pastor que ensayabas el gay pastoril
para ir a las guerras de nuestro buen Rey,
¡qué blanca tu cara, rosa de abril!
Déjame besarla, que te tuve ley.
¡Tierna ley de amor,
mi lindo pastor!
Desde aquel antaño que nevó tan fino
y el monte era blanco; blanco como el lino
del capusay blanco del buen Rey Carlino.
Desde aquel invierno que hicimos fogata
y nos calentamos al mismo calor
en aquella borda que vistió de plata
el claro de luna de Nuestro Señor.

*Ginebra apareció como una muerta:
trágico andar, las manos retorcidas,
a voz entrecortada que no acierta
a modular. ¡Las ropas desceñidas.!*

GINEBRA.

¡Horror de mí siento!
¡Su boca en mi boca.
y la ponzoña de su aliento
y el terror de volverme loca!
¡Horror de mi carne y mi mengua!...
¡Mi carne abrasada
por la sierpe de su mirada
y por la sierpe de su lengua!
¡Garín, hijo mío; que tu mano fría
para degollarle me sirva de guía
en esta noche de agonía!

ALADINA.

¡Atiende, la dueña!

GINEBRA.

¿Qué buscas? ¿Quién eres?

ALADINA.

Por tus ansias, dueña, atiende mi voz.
Mi inane te ofrezco; si una mano quieres.

GINEBRA.

¡Quedóse dormido y quiero la hoz!

ALADENA.

Dueña, ten su espada.

GINEBRA.

¡Que siegue su filo la espiga barbada,
que corra la sangre en raudal
y lave el oprobio nupcial en el heno
de la camada en el vellón del cabezal!

Ginebra a la corte entrado se había.

¡Se oye un tambor en la lejanía.
la hueste raptora del monte volvía;
qué airada canción la canción que hacía!

LA CANCIÓN.

¡Van por el monte tan luengos rebaños, que sinda no ves!
¡Cuatro cuernos tiene y seis cada res!
¡Son los rebaños de Rey Sin Tierra!
¡Los que mi espada degüella en la guerra!

¡Huyen los pastares, huyen los rebaños, la senda no ves!
¡Cuatro cuernos tiene y seis cada res!
¡Rojo de su sangre he de ver mi arnés!
¡Cuatro cuernos tiene y seis cada res!

*Ahora Ginebra tornaba. La muerte dejó un afán
en la noche de sus ojos. Trae en sangre el yatagán
y en el halda desceñida la testa del barragán.*

GINEBRA.

Adiós, hijo mío, a quien no vi nunca!
Para el Rey Carlino le llevo en ofrenda,
cogida en mi halda, la cabeza trunca.
¡Si agora mis manos no te dan sudario,
su sangre te cubra como una leyenda!
¡Cuando en mariposa vuelas de tu osario,
en la piedra dura
de tu sepultura
la verás posada,
del pico del cuervo cavada,
esta cabeza degollada!

Se oye la ruda canción lejana de los raptores,
brilla en los cascos la lumbrarada de alguna tea,
ladran los perros de les ganados en los alcores
y en el sendero tiembla la clara lima de aldea.

JORNADA TERCERA

Ladran los galgos del rey a un brujo perfil de una
en el ocaso sangriento de una jornada guerrera
y tres pastores sin hatos se plañen de la fortuna
endureciendo las picas en la lumbre de una hoguera.

Místico vuelo de almas, hace religioso el viento
en la gran noche del monte. Bajo la encina foral,
se oye un azadón, que cava la tierra con golpe lento,
se ve la sombra agobiada de un viejo con su sayal.

OLIVEROS.

¡Bajaron los lobos a la llanura!...

GUNDIÁN,

¡Toda la noche se llevan aullando!...

OLIVEROS.

Cuervos y lobos tienen hartura
con los cardos de nuestro bando.

EI. VERSOLARI.

¡Cuánta florida mocedad!

GUNDIÁN..

¡Como finó, finiremos todos!

EL VERSOLARI.

¡Guay, guerra negra y sin piedad,
sangre y peste son tus modos!
Murió la viña, se hundió el cercado,
veinte años cumplen que no he sembrado
grano de trigo en mi heredad.
¡Guay, guerra negra y sin piedad!

G UNDIÁN.

¡Campo de tojos es mi labranza!

OLI VEROS.

Yo quitéle la reja al arado
por tener en batalla una lanza.

EL VERSOLARI.

Vieran mis ojos triunfante la guerra
y me enterrasen al otro día.
¡Veinte años llevo en la porfía!...

OLIVEROS.

Cuando al rey topé en la sierra
aún el bozo no me nacía.

Cruza la sombra encorvada
De una mujer plañidera;
en la basquiña tocada
y en el humo de la hoguera
aún más velada.

GINEBRA.

¡Buen Rey!... ¡Buen Rey!... ¡Muéstrate a mí,
como Cristo se mostraba por veredas de un Vilar!
¡La luz de los ojos y un hijo lozano te di!
¡Degollada testa que guardo en mi alforja te quiero ofrendar!

GUNDIÁN.

¿Adónde tu vía, mujer que das voces?

GINEBRA.

Perdí mi camino
siguiendo la sombra del Rey peregrino.

EL VERSOLARI.

El rastro que dejan sus hoces
al Rey agorina.

GINEBRA.

¡Mi noche cerrada
no sabe de luna ni luz de alborada!
Diez años mendigo siguiendo su senda,
diez años que tiene mi alforja guardada
una espiga roja para hacerle ofrenda,
una espiga roja en sangre barbada.

OLIVEROS.

Tú cuentas diez años, yo cuento la ley,
de toda mi vida
como una ballesta tendida
por la soberana voluntad del Rey.

GINEBRA

Mis ojos sin lumbre y el hijo enterrado
le rinde más patrias que tú al ser soldado.

OLIVEROS

A todo le cumple su plazo, Ginebra,
y en batalla el arco más fuerte se quiebra.

GINEBRA.

¿Tú sabes mi nombre?

OLIVEROS.

La aprendí zagal
guardando ganados en Monte Araal.
¡Bien que lo cantaba por aquel antaño
haciendo camino detrás del rebano!
Yo Oliveros, de la casería.
del viejo Tibaldo, que bien te quería.
Por muerta te dieron, y hallarte, Ginebra,
El alma lo llora más que lo celebra.

GINEBRA.

¡Por muerta me tengo y bien enterrada,
quien va por el mundo es mi alma empenada!
Decidme pastores: ¿cuál es el camino
donde su sandalia marcó Rey Carlino?

OLIVEROS.

¡Guarda la ovejera de Monte Araal,
a bien cortejada,
acuerda que fuimos zagala y zagal
en una majada!
Si te tuve ley
aún no es olvidada.
Tendrás la mi mano para ser guiada
y llegar con la ofrenda de sangre hasta el Rey.

GINEBRA.

Tu mano es la honda, del arco tendido
de la pica y del cayado,
en la hoguera endurecido
y bien ferrado.
¡Un prodigio me alumbre tu huella,
Rey, a quien un día
vi como una estrella
en la serranía!
¡Diez años te busco sin hallarte nunca,
pudrió en mis alforjas la cabeza trunca,
sentí sus gusanos
correr como ríos por entre mis manos!
¡Va sobre mi sombra de noche y de día
una loba hambrienta con lobos de cría
que me la disputa,
y artes que me vea bajo su dentalla
caiga muerta en la luz de tu ruta,
Rey que mueves la lanza en batalla!

*Sus voces por el monte difundía
de un eco milenario el caracol,
y tocada en el halda, parecía
bruja que sale en el trasluz del sol.*

OLIVEROS.

¡Hoguera de lumbre dorada
que hacías bailar a los pastores,
ahora en ceniza trocada

ya no recuerdas de los danzadores!
¡Cotovía de la alborada,
claro canto de amaneceres,
en esta tu noche cerrada
ya no recuerdas los ayeres!
¡Ya no recuerdas de tu abril
que hizo bailar a los pastores.
Aún más que gaita y tamboril,
entre los rebaños sobre los alcores!
¡Ya no recuerdas los viejos amores!

EL VERSOLARI.

Mortal es la vida, su quicio el cambiar.
¡Se abate el adarve, se alza el muladar!
No va con más priesa rueda de molino,
ni el torrente que cruza la sierra,
tú la espada que afila la guerra,
que van las mudanzas de nuestra destino
haciendo ceniza la tierra.

OLIVEROS.

¡Fueran venturosas para Rey Carlino!
Viérale en su silla con sus caballeros
recibiendo el diezmo de nuestros corderos.

GUNDIÁN.

¡Amén!

OLIVEROS.

Si contraria le sigue la suerte
esta guerra tendrá su final
cuando pase la hoz de la muerte
y a la bien casada tome su velado,
y a la solterica el apalabrado,
y no quede en el monte un zagal.

GUNDIÁN.

Por mi casa, bien que mal,
¡Dios por ello sea loado!,
tengo a nuestra dueña con el brial alzado.

EL VERSOLARI.

¡En su cinta te traiga un varón
y tus ojos lo miren criado!

OLIVEROS.

En su cinta te traiga un león
que al rugir estremezca la sierra;
Gundián, y si pudres en tierra;
que haga temblar tu corazón.
¡Bien haya tu lecho, Gundián,
que cuando la parra no quiere dar vino
y cuando la tierra no quiere dar pan,
sigue dando frutas para Rey Carlíno!

GUNDIÁN.

Por él pecho aquí como buen soldado
y peché en mi casa a fuer de casado.

OLIVEROS

¡Si Dios te da hembra y no llegan paces,
sazón habrá moza de dar los rapaces!

EL VERSOLARI.

¡Quién de estas lides viera el final
al Rey dirimiendo la ley en Castilla,
con su Evangelario sobre la rodilla,
sentado a la sombra del roble foral!

OLIVEROS.

Ya hubo en lo antiguo corona real
que trujo cien años de matanza,
de padres a hijos pasaba una lanza...
todo ello está puesto en el Historial.

*Portan al Rey sobre un escudo, herido:
las manos, sin el guante de armadura,
lleva colgando. Por besar su albura
salta el tropel de galgos repartido
a los linderos de la senda oscura.*

GUNDIÁN.

Como una tormenta restallan las hondas,
se cruzan los tiros sobre los cabrales.

OLIVEROS.

Vamos a juntarnos con nuestros zagales,
que aún riñen ocultos en aquellas frondas.

EL REY.

¡Una sed de agua!... ¡Peno en calentura!

OLIV EROS.

¡El Rey llega herido!

EL REY.

¡Posadme en tierra!...

¡Quiero en mi agonía gustar tu friúra,
tierra madre!... ¡Tierra de la sepultura
que cavan mis lanzas rotas en la guerra!

OLIVEROS.

¡Señor, no nos dejes en tal desamparo,
que es tu pueblo todo el que alienta en ti!

EL REY.

Un dardo del muro pasóme de claro
y el ánimo quiere partirse de mí.

GUNDIÁN.

¡En cenizas torna la muerte un imperio!

EL REY.

¡De la negra barca mi alma es pasajera!

GUNDIÁN.

¡Tu pueblo, buen Rey, será en cautiverio!

EL REY.

Un hierro de lanza meted en la hoguera
que a la herida en sangre le ponga cauterio.
Restañe rugiente el hierro la herida
por donde se quiere despedir de mí
la blanca paloma del alma,
rendida de volar tan alto, y siempre prendida
en el cerco aciago de un negro neblí.

EL VERSOLARI.

¡Señor, tú no mueres! De maza clavera,
de airado montante, de ballesta artera,
de agudo venablo, de honda montañera,
triunfa el airón blanco que va en tu cimera.

EL REY.

Llegad... Desceñidme la coraza, rota
por los filos de un dardo en batalla,
y restañe la sangre que brota
del pecho, mi lanza sin falla.

*Dijo el Rey, y la lanza candente
al sellarle la herida se queja;
brotó el yelmo una rosa naciente
y enredóse en su barba una abeja.*

OLIVEROS.

¡La lanza lucida
se entró bien entrada
por la boca de la herida!

GUNDIÁN.

¡Fue como ensalmo! De repente
al borbotón de la sangre leonada
vi apagarse la lanza candente.

EL VERSOLARI.

¡Qué largo gemido
de la carne quemada
dio el costado herido!

OLIVEROS.

¡Gritan las mujeres con jadeo de fieras,
sube su alarido desde la hondonada!

EL VERSOLARI.

Buscan a sus muertos y encienden hogueras
sobre los charcales de la sangre helada.

EL REY.

Buscan en los fundos donde era la muerte
al abuelo vicio, al marido fuerte.
al hijo zagal.
¡La flor del cercado,
y el fruto dorado,
y el árbol sagrado
que daba su sombra en el umbral!

OLIVEROS.

Se oye el cuerno de nuestros zagales
como un rugido de león.
Los ecos del monte y el viento
agrandan su son.
¡Con cual ardimiento
entre los jarales
la honda restalla!

EL REY.

¡Quiero labrar mi enterramiento
con mis cabreros en batalla!

*Rey Carolino se partía,
y en el hombro de un cabrero
la blanca mano ponía
al bajar por el sendero.*

*Le porta un mozo la lanza,
otro el escudo mellado,
y aún canta el ave-esperanza
en el nido ensangrentado.*

*Se oye un coro de querellas,
largo clamor de montaña,
con su bautismo de estrellas
la clara noche lo baña.*

LAS MUJERES DE LA SERRANÍA

¡A traición caísteis no os valió el denuedo,
mozos de Medina, galanes de Olmedo!
¡Qué mala ventura tuvisteis
en el figueiral, figueiral, figueiredo!

UNA VIEJA.

¡Espiga apreciada! ¡Oro en mi finestra!
¡Rueda de mis hijos! ¡Mi horno de pan!
¡Al buen Rey Carlino, con la sangre vuestra
mis años caducos sus parias le dan!

UNA MONTAÑESA.

Por ir a batallas vendió los majuelos,
la vaca marela la vaca bermella,
y el parral que daba sombra a los abuelos
y el telar en donde tejí mis lenzuelos
para el casamiento cuando era doncella.
¡Ay, que me dejó aún no era velada!
Llora la mi madre viéndome enlutada,
llora la mi suegra: ¿Dónde irás, andada,
que te han de decir la mal maridada?
¡Ay, que me dejó aún no era velada!

EL CAVADOR.

Mi lebrel cansino, viejo compañero

camina, sarnoso, por la clara luna.
Busca el nieto mío, mi galgo lebrero
que le diste vela al pie de la cuna.
Partióse a la guerra. Con lindo talante
volteando la honda le vio el enemigo.
¡No más que una honda llevaba el infante,
no más que un puñado de piedras consigo!
Busca el mi mocín, viejo acompañante
de aquellas brincadas por la era del trigo
y si no lo buscas no corras delante,
ni lamas mi mano, ni vengas conmigo.
Y si no lo buscas requier otro dueño.
¡Vuélvete, sarnoso! ¡Tórnate, mal can!
Para el nieto mío, como era pequeño,
le guardo en la alforja un puño de pan.
Y si no te partes, camina delante,
camina delante, por la clara luna
busca al nieto mío, viejo acompañante,
que el roncón hacías al pie de la cuna.
¿Qué tábano negro voló sobre ella?
¿Qué bruja la higa robó al mi rapaz?
¡Tórnate, sarnoso! No sigas mi huella,
déjame que cave mi lecho de paz.
Déjame que cave un hoyo profundo
en las boqueadas del eterno sueño
me cubra la tierra con la paz del mundo.
¡Tórnate, sarnoso! ¡Ya no tienes dueño!
Déjame que cave un hoyo profundo,
mi galgo lebrero, y busca otro lar.
¡No lamas mi mano!... ¡Un viejo en el mundo,
si no son sus huesos, no tiene que dar!

LA VAQUERA.

¡Con los ojos vueltos al cielo caíste,
Rey de los galanes, gallo del quintero!
¡Qué cantar alegre, mi galán trujiste
por aquel camino del vilar, vilero!
¡Qué brincar alegre mi galán tuviste
al son del punteado que saca el gaitero!
¡Y agora qué muda y agora qué triste
la boca tan llena del reír mocero!

UNA ZAGALA DE OVEJAS.

¡Cayó Rey Carlino en una celada
al pasar los puertos con sus montañeses!
Adarga montante y lanza lunada

un cerco le ponen. Los fuertes arneses
saltaban en lumbre. ¡Ah Dios, qué ,jornada!

LAS MUJERES DE LA JERRANÍA.

¡A traición caísteis,
no os valió el denuedo,
mozos de Medina, galanes de Olmedo!...
¡Qué mala ventura tuvisteis
en el figueiral, figueiral, figueiredo!

GINEBRA.

¿Quién cava la tierra, decí?

EL CAVADOR.

¡Un azadón!

GINEBRA.

Como campanadas de tributación
resuenan sus golpes. ¿De qué haces labranza?

EL CAVADOR.

De una sepultura para mi esperanza.

GINEBRA.

Parece que cavas en mi corazón.
¡No queda un brazo que mueva una honda,
todo se hundió con el sol de este día!...
¡Cava, cavador, una cueva bien honda!
¡Con tu esperanza sepulta la mía!

EL CAVADOR.

Ya me falta brío, soy viejo cansado.

GINEBRA.

¿Qué eras en el mundo?

EL CAVADOR.

El tronco excavado
de un roble. En la entraña guardaba secreto
un panal de miel, amores de un nieto.

GINEBRA.

Yo, amores de un hijo que perdí zagal,
pero era más dulce su amor que panal
de entena. La abeja prendió su aguijón
en la rosa viva de mi corazón.

EL CAVADOR.

Es la misma histeria en toda la sierra:
el mozo que late por ir a la guerra,
y el viejo que llora al pie del camino
esperando nuevas de algún peregrino.

GINEBRA.

Mejor las darían a nuestros afanes
carniceros buitres y rabiosos canes.

EL CAVADOR.

¡Por las lomas negras, grandes alaridos,
por la luna blanca, lobos renegridos!...

GINEBRA.

Bajaron los lobos de sus escondidos,
cébanse en los muertos y en los mal heridos,
entre los jarales rasgué mis vestidos
pisaba en mi sombra el tropel hambriento;
mi carne sentía su encendido aliento.
¡Con cuál bufarada de estremecimiento
el áspero hocico rastreaba el viento
el hedor que deja mi sayo sangriento!

EL CAVADOR.

¡En esta jornada la guerra se fina;
las cumbres del monte son blancos osarios!
¡Qué dolientes ecos tuvo la bocina
del Rey! Por aquellos viejos partidarios
que hicieron las juntas al pie de la encina
foral, uno a uno clamaba con duelo...
y sólo responde a su planto,
sobre la cabeza sin corona, el canto
de una cotovía que remonta el cielo.
¡Sólo el pajarín responde a su duelo!

GINEBRA.

El baladro ronco que la trompa hacía
y el canto del ave en gran lejanía
escuché. Di voces buscando al senda,
por ir a las plantas del Rey con mí ofrenda,
y anduve perdida por entre jarales,
en campos de espinas y en rumor de hayales.
Y salí a este raso porque tu azadón,
cavando, llamaba en mi corazón.

*El Rey, despacio y solitario avanza
--un mendigo, que cruza el encinar—
en el astil quebrado de una lanza
apoya la figura al caminar.*

EL REY.

Bajo el furor de un mismo rayo,
fue cenizas el roble antiguo, viejo patriarca
que bajo su sombra un rebaño abarca,
y el rosal de mayo.
¡La cabeza dorada del niño,
la sien argentada de armiño!
Cuantos combatieron a mi ley sujetos:
el viejo Tibaldo con sus doce hijos, cabreros también,
y el coro lozano de todos sus nietos,
que eran más de cien.
Y aquel mi entonado Guildo de Guildar,
de tanta pujanza
que en el ristre astillaba una lanza
y dos hondas volteaba a la par;
aquel mi escudero Machín de Gaona,
que un día entero peleaba sin tregua,
tan diestro y tan fuerte tirando la azcona,
que alongaba su tiro una legua.
Y los viñadores
de Fuentes de Arta,
y los leñadores
de Monte Araal,
y los que tuvieron fuero de señores
en los caseríos de Leyre y Leyral,
y los de Lerín,
y de Corbator,
y los de Abuín
del tronco de Aitor.
¡Sobre mi mesnada
pasó el enemigo a filo de espada!
Los cuerpos crispados
en tierra latían,
a mí se volvían los ojos vidriados...
y tantas miradas de amor y dolor,
y de eterna sombra, y arrepentimiento,
en la cueva de mi alma, Señor,
encendían un cirio de conocimiento...
¡Sobre mi mesnada
pasó el enemigo a filo de espada,

y el vuelo protervo
del buitre y del cuervo!

*Profético, a la sombra del roble de los fueros,
con lágrimas que enlodan su polvorienta faz,
invocaba las yertas sombras de sus cabreros,
sobre la frente unidas las dos manos en haz.*

GINEBRA.
¡Y tanto dolor,
y tanta agonía
es el albor
¡de un nuevo día!

EL REY.
¿Qué cavas tan hondo?

EL CAVADOR.
Una sepultura
para mis ochenta años de dolor.

EL REY.
Anciano, en la muerte alcances ventura.
¡Yo, ni de la muerte la espero!...

EL CAVADOR.
Señor,
tú eres Rey, yo sólo un cavador.

EL REY.
Mujer, ¿tú, quién eres?

GINEBRA.
Un alma empenada
con la siega a cuestras de toda la añada.
Para hacer ofrenda sobre tu rodilla
como la sagrada mesa de un altar,
fui sobre tus pasos por toda Castilla
sin poder hallarte ni en campo ni en villa,
y dura diez años mi peregrinar.

EL REY.
Llegas con tu ofrenda por largos senderos
de sangre. ¡Mi gloria toda se derrumba!
¡De aquellos piqueros.
de aquellos pastores honderos,

queda un viejo que cava una tumba
bajo el carcomido roble de los fueros!
Los blancos añotos de cada rebaño,
arnoroso don de mis ovejeros,
éranme ofrecidos en la paz de antaño
y mi tienda era alba de corderos.
¡Hoy, que mi ventura se torna funesta,
la ofrenda que haces a mi gracia, es ésta!

El Rey la aprisiona
con mano temblona.
¡Y la ofrenda era
una calavera
que se desmorona!

REY.
¡Sombra de la muerte!

GINEBRA.
Ha sido en su día,
cabeza segada la mano mía.
¡Y cuántas regadas sintieron mis manos,
igual que un harapo, cae su envoltura!...
Comieron en ella nidos de gusanos,
pudrió en mis alforjas como en sepultura.

EL REY.
¡Fría calavera, sombra de la muerte,
ríes en mis manos y tiemblo de verte!
Arca de miserias, toda hueca y vana,
tus ojos de sombra tienen en su hondura
el sombrío misterio de la vida humana,
el fúnebre espanto de la sepultura.
Bajo los solemnes augurios astrales
que dicen en lo alto las constelaciones,
tus ojos se abren en los arenales,
sepulcro de razas y de religiones.
En mi vencimiento serás compañera,
en mi desventura me confortarás,
y al ser de enemigo, muda calavera,
a mi alma con voces de espanto hablarás.

GINEBRA.
Voces de venganza son las que ha de darte,
no voces de espanto sobre un folio abierto,
como el ermitaño que el tiempo reparte

en meditaciones y cavar el huerto.

EL CAVADOR.

Déjala, buen Rey, aquí sepultada.

EL REY.

¡Con ella en las ruanos espero la muerte!

EL CAVADOR.

¡Qué cueva de Rey te tenga cavada!

GINEBRA.

¡Señor, que no pueda con los ojos verte!

¡Señor, que no pueda vendar tus heridas!

¡Señor, que no pueda consolar tus penas!

EL CAVADOR.

No vagues, buen Rey, por sendas perdids.

¡Golpes de azadón quebrantan cadenas!

GINEBRA.

Mientras queden brazos que muevan una honda,

mientras queden piedras en los pedregales,

mientras tenga ramas esta vieja fronda

donde cortar picas para tus zagales,

mientras en tu pro se mueva una lanza,

Rey, para tu gloria hay una esperanza.

EL REY.

Deja que al olvido arroje mi nombre,

y si muero Rey, que renazca hombre.

Te daré la mano para hacer camino,

iremos errantes los dos.

GINEBRA.

¡Oh mi Rey!

EL REY.

El servir de guía era mi destino,

y al darte la mano cumplo con mi ley.

Llamaré en las puertas para alzar soldados,

pediré a las madres sus hijos criados

y seré mendigo...

EL CAVADOR.

¡No hay pan en el horno,

robaron el trigo;
hundióse el piorno!

EL REY.

Es todo mi pueblo el que está sin luz
e implora doliente clavado en la cruz.
Sobre sus heridas, sedientas de mieles,
manos como garras derramaron hieles,
y cuando en el lecho de Job agoniza,
por cubrir sus llagas le arrojan ceniza.

Con alaridos entra por el soto,
de zagales laneros, un tropel;
rompe la jara ensangrentado y roto
y va un vuelo de cuervos sobre él.

OLIVEROS.

¡Igual que fue nuestro trigo en la hartura,
Rey, será el dolor!
¡A tu par cavemos nuestra sepultura,
señor !

GINEBRA.

Rey, para arnés de nuevas andanzas
te dará metal el monte herrerizo,
te dará fuego el tronco roblizo,
y a vosotros, el árbol sagrado las lanzas.
Entre las hogueras de vuestros rediles,
al fundir los hierros, migas pastoriles
herviréis con leche de loba y pantera.
¡Y llegada la cena postrera,
la campesina colación sea comunión!

EL REY.

La ofrenda del odio quede sepultada
junto al viejo roble de la tradición.
¡Y pudiera el ánima, al ser libertada,
vagar en su sombra y oír su canción!
Resuena el rumor de la Historia
bajo esta bóveda sagrada,
y es la gloria del sol su gloria,
plena de cantos de alborada.
¡Viejo nidal de ruiseñores
sobre las cunas infantiles!...
¡Nidal de buitres y de azores
si resuenan los añafiles!...

¡Nidal de águilas que vuelan
sobre los cascos crestonados
cuando al sol de Marte rielan
por tus guiones enlazados!
¡Ara de nuestras oraciones!
¡Patriarca del encinar!
¡Relicario de tradiciones!
¡Llama sagrada en el hogar!
¡Dosel de leyes y costumbres
de un milenario, son tus ramas
un palmar a las muchedumbres
y la corona de las famas!
Tú das el timón al arado
y das lanzas a la guerra,
tú eres el tronco renovado
cientos de años sobre la tierra.
¡La gloria del sol es tu gloria,
renaciente en cada alborada
con el rumor que hace la Historia
bajo tu bóveda sagrada!

GINEBRA.

¡Tú eres también gloria del día,
cada alborada renaciente!
¡Tu armiño, nieve en serranía,
y el sol, corona de tu frente!

Se va la sombra del Rey por los altos peñascales,
y su capusay, tejido por princesas de su hogar,
se tiende sobre los hombros como dos alas
caudales al volar.

El aire pasó una flecha, flecha de filos mortales;
en el hombro de Oliveros el Rey la mira temblar,
y el pastor, con ella hincada, aún relincha en los finales
del cantar.

FIN de VOCES DE GESTA